

1925-1965: diversidad urbana de los edificios culturales en el ámbito ibérico

Una de las primeras cosas que llama poderosamente la atención cuando se observa la arquitectura ibérica del período 1925-1965 y se centra la atención en los edificios e infraestructuras culturales es la escasa arquitectura cualificada dedicada a edificios culturales que perdura y, sobre todo, la poca diversidad de tipos o de usos que permanecen. Si eliminamos viviendas, edificios públicos de la administración del Estado, edificios comerciales, religiosos, hoteleros y residenciales, industriales, etc., sólo quedan las escuelas y las universidades, los cines y algunas ferias o exposiciones que, acaso forzosamente, se pudieran incluir en el apartado cultural.

Así, sorprende que entre la arquitectura que más valoramos –la que figura en las guías y en los libros– no existían en España y Portugal, y durante el período citado, ningún teatro, ningún museo, ninguna biblioteca, ningún auditorio. Es decir, que en aquellos años no se realizaron edificios dedicados a dichos usos, a excepción de los que estaban incorporados a los nuevos complejos escolares o universitarios. Los edificios que entendemos como culturales eran antiguos; la sociedad, que ya de un modo incipiente se podía considerar como de masas, no demandaba, y tampoco se le ofrecían, otras instalaciones que las tradicionales existentes. Los edificios eran, en general, decimonónicos, y lo continuaron siendo durante bastante tiempo. En los años treinta se llevaron a cabo algunos concursos o proyectos –como el Museo de Arte Moderno en Madrid, el Museo del Coche, etc.– que, además de constituir una excepción, se quedaron en los papeles. Tan sólo en la España del final del período se produjo algún concurso importante de edificio cultural, es el caso del Teatro de la Ópera de Madrid (1964), que no se realizó. Algunos otros, como el Palacio de Congresos de Madrid (1967) o el Teatro Principal de Burgos (1967) no corresponden ya al período tratado. (Acerca de Portugal, y en lo relativo a este tema, como a tantos otros, pido excusas por no conocer datos suficientes).

Pero también llama la atención, por el contrario, la importancia de las construcciones escolares y universitarias. Tanto en las dos dictaduras españolas y en la república que las separó como en el Portugal salazarista, la importancia que se concedió a las construcciones educativas fue, en verdad, muy grande. En el caso de la Segunda República Española, que era un régimen ilustrado, este hecho no es nada sorprendente,

pero comprobamos que también las dictaduras franquista y salazarista tuvieron igualmente una preocupación fundamental por la educación. No por ser dictaduras dejaban de ser regímenes modernos, o al menos eso pretendían, y así, estaban plenamente convencidos de la importancia de la educación en la sociedad de masas, sobre todo para competir adecuadamente con los regímenes democráticos, con los que establecían una diferencia mayor en los medios que en los fines, y también porque, a juicio de las dictaduras, era necesario adoctrinar a las masas. Sea por lo que fuere, el caso es que en esa época destacan las construcciones educativas, constituyendo casi el único ejemplo en el apartado cultural. Y, sobre todo, las construcciones universitarias antes que las escolares –que, aunque más abundantes, carecen, en su mayor parte, de interés–. En España, las universitarias eran de dos tipos: las propiamente universitarias y las llamadas Universidades Laborales, un invento franquista –del ministro Girón– dirigido al adoctrinamiento del proletariado y a su educación en los oficios industriales.

No se construían teatros, pues su importancia en el inmediato pasado había sido completamente sustituida por las salas dedicadas al nuevo arte: el cine. En las dos naciones peninsulares se construyeron muchas salas de cine e, incluso, muchos edificios dedicados por completo al cinematógrafo. Era el nuevo espectáculo, el más popular de la época y muy acorde con la nueva era de masas que se consolidaba; además gozaba de la aprobación de las dictaduras, que también podían contar con las delicias del cine, además del fútbol, como nuevo “opio para el pueblo”. El cine era convenientemente censurado, desde luego, pero se ofrecía sistemáticamente como espectáculo y era protegido como industria. Los españoles de mediados del siglo xx –imagino que al igual que los portugueses– iban mucho al cine. Los sábados por la tarde y quizá también los domingos: a misa por la mañana y al cine por la tarde; así era el domingo español que tantos hemos vivido durante mucho tiempo.

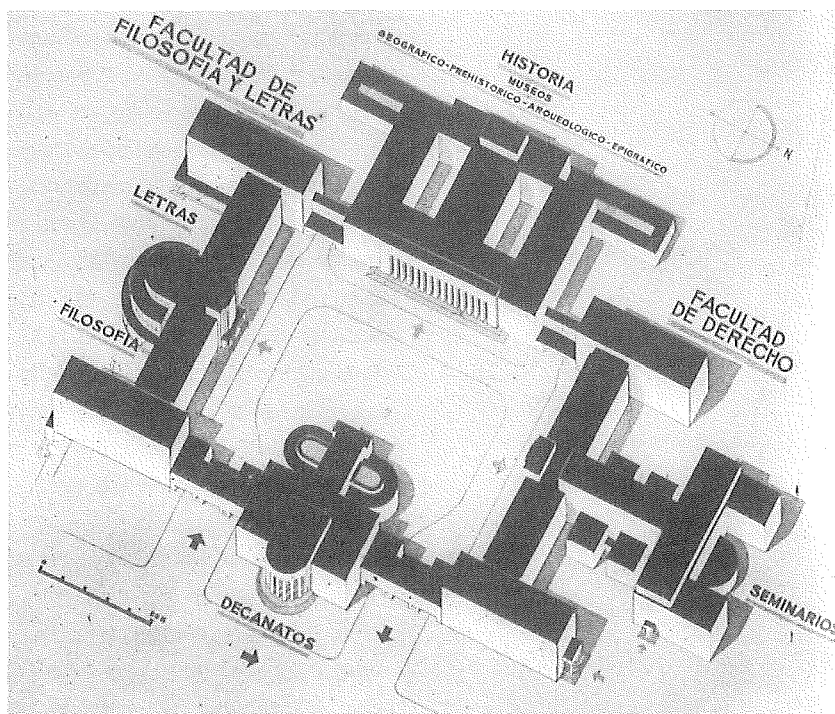
Así pues, un nuevo edificio –o un nuevo gran local–, el cine, surgió en el período 1925-1965 en las ciudades ibéricas, como ocurrió en general en las ciudades europeas. Un edificio que ha constituido un nuevo y muy estimable patrimonio moderno, y que hoy, perdida y alterada en gran medida su hegemonía, se ve amenazado por transformaciones y destrucciones. Muchos de los grandes cines del siglo xx han desaparecido, y muchos otros han tenido que ser protegidos como si se tratara de antiguos monasterios. De modo que el edificio cultural más moderno del siglo xx se ha convertido en el más débil y problemático. No es que el cine como espectáculo haya muerto, ni mucho menos, pero ya no lo vemos mayoritariamente en los grandes “templos” en los que antes se celebraba su atractivo ritual.

Además de los edificios escolares y de los cines, incluimos en este apartado las ferias y exposiciones, cuyos edificios están generalmente destinados a desaparecer y que tantas veces han producido arquitecturas experimentales de gran interés. Aunque estas manifestaciones no fueron muy abundantes, podemos destacar algunos casos bien conocidos y que merecen, por lo tanto, nuestra atención.

Agustín Aguirre

Ciudad Universitaria de Madrid

Proyecto del campus de Letras y Derecho, diseño primitivo correspondiente a la axonometría del conjunto, 1931



Cultura y ciudad: las universidades como ciudades alternativas

Si abordamos ya el tema que nos ocupa, la relación entre los edificios y equipamientos culturales y la ciudad o la estructura urbana, podemos observar que los usos a los que nos hemos referido tienen al respecto unas características muy diferentes.

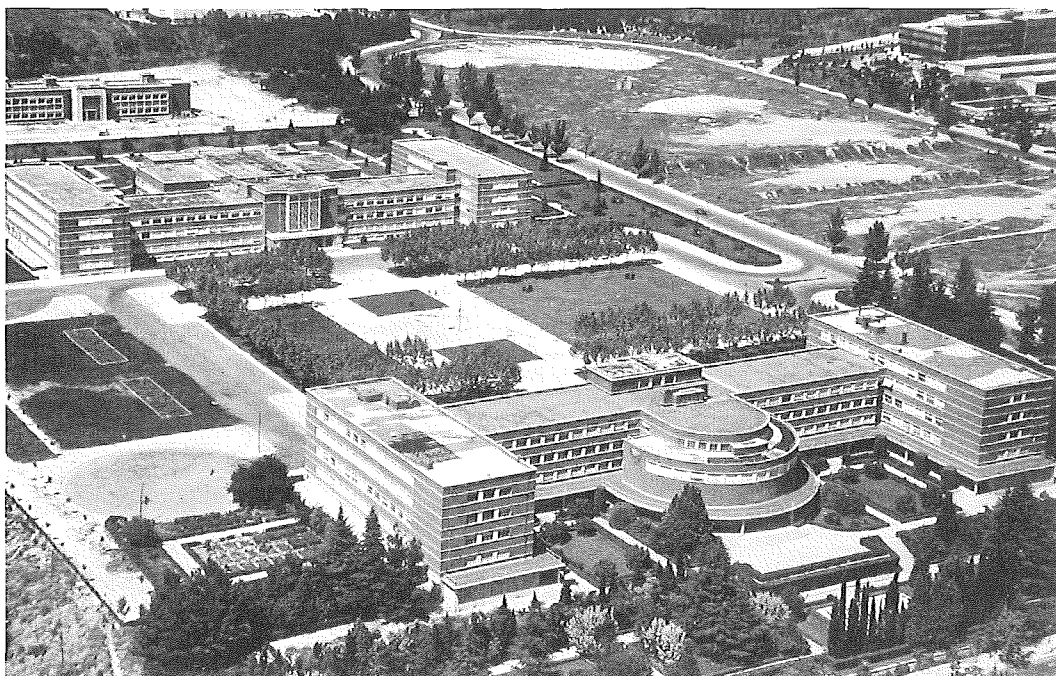
Como ya se ha dicho, en España la arquitectura educativa más importante la constituyen las Universidades, tanto convencionales como laborales. Y puede decirse que dichas actuaciones propiciaron, en general, ocasiones importantes para plantear un modelo alternativo de ciudad, una ciudad diversa de aquella en la que se enclavaban o a la que estaban próximas. Y ello tanto en un sentido operativo y trascendente –como en el caso de la Ciudad Universitaria de Madrid, la edificación educativa más importante del período en toda la península– como simbólico y puntual, casi abstracto y de laboratorio, como ocurrió con las Universidades Laborales.

El proyecto y la construcción de la Ciudad Universitaria de Madrid (a partir de 1927, de Modesto López Otero y su equipo) supusieron la realización de una idea de ciudad, la ciudad abierta, mucho antes de que en las áreas no especializadas de la capital española se iniciaran planteamientos semejantes. De hecho, no fue hasta 1929, con motivo del concurso de ampliación de la ciudad de Madrid, ganado por Secundino Zuazo y Hermann Jansen, cuando el arquitecto Secundino Zuazo inició el proyecto definitivo de la prolongación del paseo de la Castellana, que no se realizaría en forma de ciudad abierta hasta los años cincuenta.

La Ciudad Universitaria significó la urbanización de una enorme extensión territorial según principios nuevos y supuso el cambio de la naturaleza urbana de un Madrid que abandonaba de forma definitiva la retícula decimonónica.

Pero la Ciudad Universitaria estaba muy lejos de proponer una libertad formal absoluta de la arquitectura, aunque no dudara de su condición abierta. A pesar de su gran extensión, se le dio un carácter unitario mediante un trazado de corte académico que podríamos enlazar con la tradición de la *city beautiful* norteamericana: un gran eje urbano con la perspectiva final del gran Paraninfo enlazaba los tres campus principales, el de Medicina y los de Letras y Ciencias, unidos también al área del Paraninfo, pero con configuraciones compositivas diferentes. En cuanto al resto de edificios, un

Agustín Aguirre
Ciudad Universitaria de Madrid
Proyecto del campus de Letras y Derecho,
1931-1933, 1941-1942



criterio paisajístico en relación con la topografía situaba al gran Hospital Clínico en un terreno alto contiguo al ensanche y al área de las facultades de Arquitectura y Bellas Artes, en una zona más baja y próxima al río.

La creación de la Ciudad Universitaria fue fundamental para ordenar un sector de la ciudad que, debido a la forma irregular del terreno, no podía responder ya a los principios de la retícula del ensanche. Su presencia condicionó el acceso a la ciudad desde el noroeste y sirvió para enlazar con la calle de la Princesa; el resultado es hoy la más bella y paisajística entrada a la capital española, a pesar de tantas destrucciones, pérdidas e intervenciones inoportunas.

Los edificios de las Facultades fueron proyectados, en general, mediante sistemas abiertos, simétricos y de corte académico, e independientes entre sí. El más complejo es el de la Facultad de Medicina y el más simple el de la Facultad de Filosofía y Letras. Pero la condición abierta e independiente de los edificios no significaba ni la renuncia a establecer poderosos enlaces compositivos entre ellos ni el abandono del control formal del espacio exterior en un modo tan eficaz como el de la ciudad cerrada. En efecto, las facultades de Medicina, de Farmacia y de Estomatología configuran fuertemente una amplísima plaza abierta a la avenida principal, de dimensiones muy dilatadas, pero próxima a la tradición en cuanto al control eficaz del espacio abierto. En el campus de Letras y Derecho se planteó un proyecto más extremo, según el cual ambas facultades, la biblioteca y un edificio complementario al modo de unos *propileos* definían, mucho más fuertemente todavía, una plaza central. Pero sólo se construyeron las dos facultades, con fachadas gemelas enfrentadas, que fue más que suficiente para la buena definición de un espacio externo tan abierto como concreto.

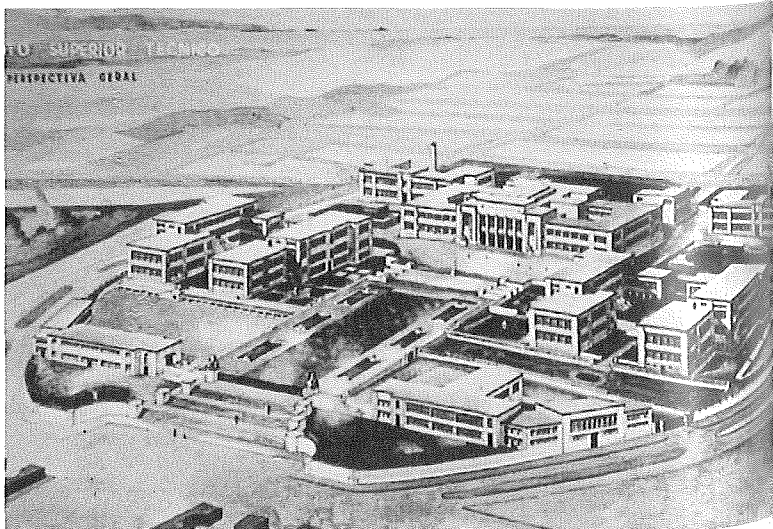
No obstante, esta capacidad para realizar una arquitectura institucional de carácter abierto sin olvidar el control formal del espacio externo no trascendió más allá de la Ciudad Universitaria. Las áreas colindantes y próximas se urbanizaron con edificios independientes, pero desapareció por completo todo orden que no fuera el de un cierto y ocasional pintoresquismo. Con la urbanización moderna, los espacios externos tendieron a ser residuales y el ejemplo de la construcción universitaria, considerado acaso como académico y anticuado, no se siguió. Por eso, aún hoy, la primera urbanización abierta de Madrid, dramáticamente destruida durante la Guerra Civil y reconstruida después, sigue siendo lo mejor de la ciudad moderna.

Respeto demasiado la arquitectura portuguesa como para hablar de ella en detalle con mi escaso conocimiento, por ello, me referiré solamente a algunos de sus aspectos.

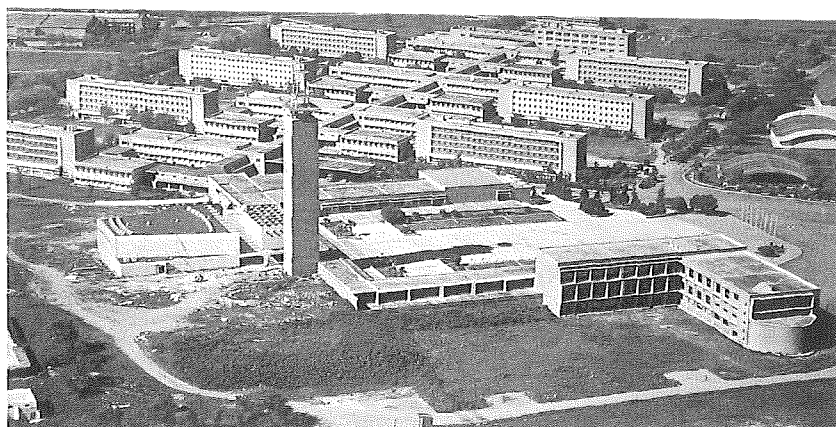
Me parece bastante probable que, aunque se trate de arquitectura salazarista y no estrictamente moderna –tampoco la Ciudad Universitaria de Madrid lo es–, el estudio de la Universidad de Coimbra ha de ser, en los aspectos que venimos tratando, de sumo interés. No obstante, quería referirme a un caso lisboeta, el del Instituto Superior Técnico (Instituto Nacional de Estadística, de Porfirio Pardal Monteiro, 1927-1935), coetáneo de la universidad madrileña y que, aunque de muy pequeño tamaño con relación a ella, contiene temas similares. Por un lado, el Instituto ha intervenido decisivamente en la configuración y la imagen de la ciudad, cambiando su condición tradicional con un tejido nuevo; por otro, lo hace con arquitecturas modernas pero simétricas y con resabios académicos, que son abiertas e independientes pero que

Porfirio Pardal Monteiro

Instituto Superior Técnico, Lisboa, 1927-1935



OITASA: Felipe y Rodrigo Medina Benjumea,
Luis Gómez-Estern Sánchez, Alfonso Toro Buiza
Universidad Laboral, Sevilla, 1949-1954



forman un conjunto que controla con mucha eficacia la forma y la cualificación del espacio exterior. Sin duda, existirán también otros casos (quizá el de Coimbra, que conozco mal) acerca de este importante asunto tan propio de su época.

Prefiero no tratar el tema de las escuelas primarias y secundarias. Desconozco el panorama portugués, con algunas escuelas muy atractivas y modernas, quizá influidas por la arquitectura brasileña. En España, la enorme cantidad de escuelas construidas nunca ha supuesto una colección muy cualificada, y las obras modernas se alejaron mucho, en general, de la tradición de calidad de la oficina de Antonio Flórez y sus colaboradores, que trabajaron en arquitecturas eclécticas y académicas, pero supieron tratarlas con la dignidad de edificio público que merecían.

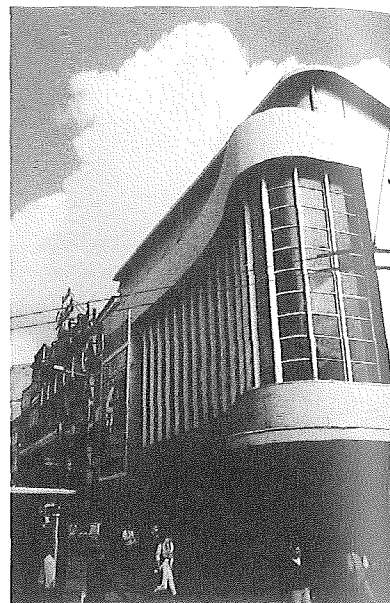
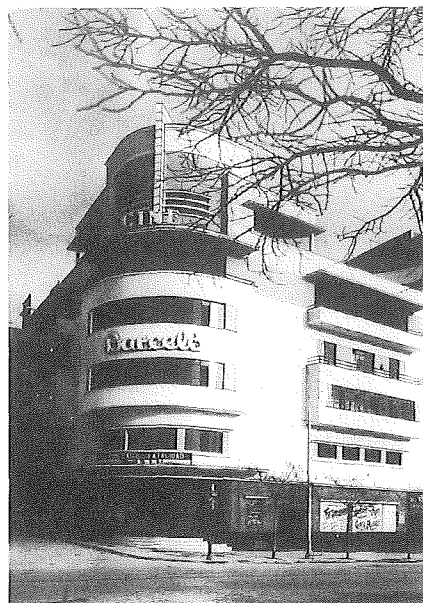
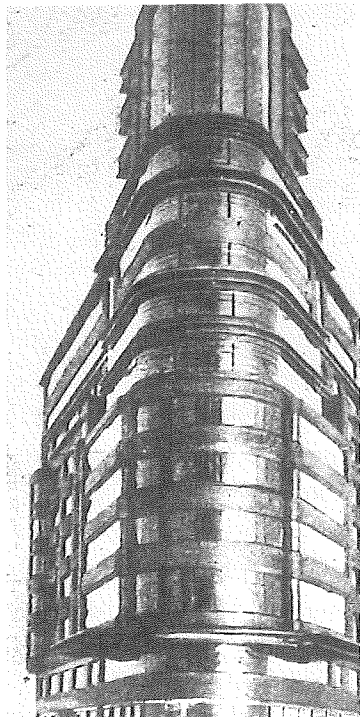
En cuanto a las Universidades Laborales, grandes escuelas españolas de formación profesional, supusieron un curioso laboratorio independiente, proponiendo modelos urbanos generalmente de alto interés, pero casi siempre establecidas como ciudades aisladas, al modo de los pueblos de colonización.

Un caso muy singular —que se aleja de los intereses del DOCOMOMO por ser de arquitectura clásica tardía y no moderna— es el de la Universidad Laboral de Gijón (Luis Moya Blanco, 1945-1957), ciudad ideal clasicista instalada como un gran fanalsterio, con algo de carácter surrealista, en medio de la campiña asturiana. Planteaba una intensa alternativa a la ciudad real, pero del mismo modo lo hacían las universidades laborales modernas, como la de Sevilla (Felipe y Rodrigo Medina Benjumea, Luis Gómez-Estern Sánchez y Alonso Toro Buiza, 1949-1954), cuyo ordenado esquema urbano, presidido como en Gijón por una gran torre, es tan evidente como atractivo, y supone también una idea de ciudad completa tan ideal como autónoma.

Otro modelo de ciudad ideal moderna es la Universidad Laboral de Córdoba (de Miguel de los Santos, uno de los autores de la Ciudad Universitaria de Madrid, Daniel Sánchez Puch, Francisco Robles Jiménez y Fernando Cavestany, 1952-1956), y es tan aislada, tan autónoma y tan intensamente planteada como las anteriores. Los arquitectos de las Universidades Laborales tuvieron a su disposición un laboratorio urbano excepcional, pero sus modelos ideales, sus utopías, no tuvieron ni aplicación alguna en la realidad ni demasiada influencia en el territorio circundante, quedando tales modelos en testimonios tan encendidos como abstractos.

Los cines como nuevos templos

A misa por la mañana y al cine por la tarde. Tal era, como ya dijimos, el panorama habitual del domingo español en tiempos franquistas. Los cines eran los honestos “templos del ocio”, pero creo que esta condición de templos con que los nombro no es sólo una metáfora, pues los edificios de los cinematógrafos son, en verdad, una iglesia laica, tanto desde el punto de vista arquitectónico como urbano.



En efecto, el cine es una arquitectura que moderniza la arquitectura eclesiástica, pues consiste básicamente en el mismo tipo de espacio, pero cuya diferencia más importante es la luz natural, en el templo primordial y en el cine inexistente. Tanto una iglesia como un cine se definen principalmente por la planta y por la sección; ellas son las que representan un espacio único que, en ambos casos, atiende a un "milagro": la condición sacramental en una y la imagen en movimiento en el otro.

Pero, desde el punto de vista urbano, los edificios de los cines han representado un papel muy similar al de las iglesias, papel que es en este caso tradicional y según las reglas de la ciudad cerrada, diferenciándose, así, de la visión modernizadora de las universidades en el aspecto urbanístico.

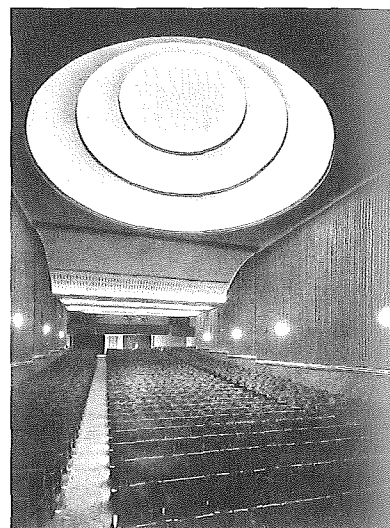
Como las iglesias, y tanto por su uso como por su tamaño, los cines han aparecido como construcciones urbanas, en solares en esquina o entre medianeras, y han debido adaptarse a las condiciones de volumen y de urbanidad, de formación de un conjunto con el resto de las edificaciones y de definición clara de los espacios de calles y de plazas, que eran propias de la ciudad cerrada. Podemos demostrar este hecho con algunos edificios madrileños, como el Capitol (Luis Martínez Feduchi y Vicente Eced, 1931-1933, aunque se trate de un edificio con muchos más usos que el del cine) y el Cine Barceló (Luis Gutiérrez Soto, 1930), construido únicamente para cine. Ambos tienen rasgos modernos, vanguardistas, concretamente del racionalismo y del expresionismo, pero ambos los ponen al servicio de la continuidad de la edificación, del servicio a las características de su emplazamiento y demás reglas de la ciudad cerrada. Y ambos son, desde luego, emergentes; esto es, como las iglesias, puntos monumentales de la ciudad.

Pueden citarse otros muchos cines españoles y portugueses, y en casi todos ellos se cumplen los parámetros de los dos ejemplos citados.

Ferias y autonomía

No voy a tratar el tema de las ferias y exposiciones de un modo general, y sólo pretendo exponer algunas observaciones capaces de mostrar la diversidad del comportamiento urbano de los edificios culturales.

Frente a la arquitectura universitaria y la cinematográfica, probablemente puede considerarse la destinada a los pabellones de ferias y exposiciones como la más moder-



Vicente Eced y Eced, Luis Martínez Feduchi
Edificio Carrión, Cine Capitol, Madrid, 1931-1933

Luis Gutiérrez Soto
Cine Barceló, Madrid, 1930

Artur Andrade
Cine Batalha, Oporto, 1946

Manuel del Busto Delgado
Cine Santa Cruz, Oviedo, 1934

na y avanzada, sobre todo si nos referimos a las etapas posteriores a los conflictos bélicos. Y ello era así, desde luego, debido a su propia índole: en ferias y exposiciones los promotores de los pabellones, muchas veces oficiales, pretendían que éstos los representaran, y ello debía hacerse mediante valores que, como la modernidad, eran incontestables incluso para el franquismo y el salazarismo ya en los años cincuenta.

El ejemplo del Pabellón Español de la Exposición Universal de Bruselas de 1958 (José Antonio Corrales y Ramón Vázquez Molezún) es en extremo elocuente. Un espacio modulado, repetitivo e indeterminado, con la forma hexagonal de su módulo, pero sin una configuración concreta debido a sus posibilidades aleatorias; un espacio concebido directamente desde la estructura de acero, identificado con ella; un espacio de acero y vidrio, continuo, absolutamente fluido. Nada más moderno y nada mejor para representar la modernización del franquismo en Europa que, lejos ya de las escenografías y veleidades fascistas que le hicieron permanecer tan próximo a las potencias del derrotado eje, quería ser visto como un régimen digno de entrar de forma plena en el concierto de las naciones occidentales.

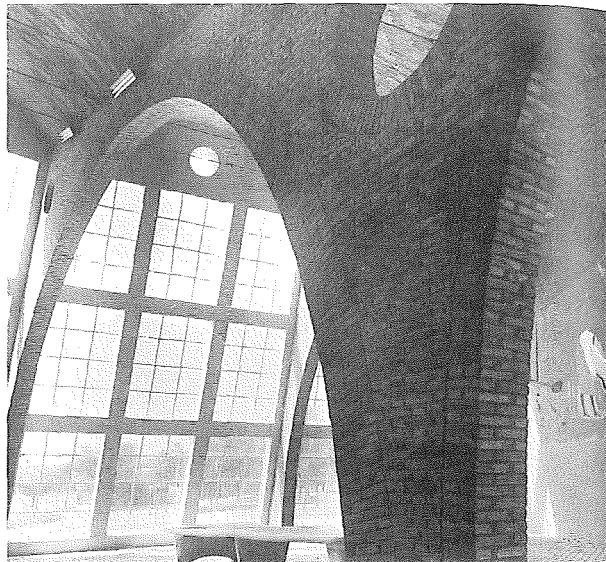
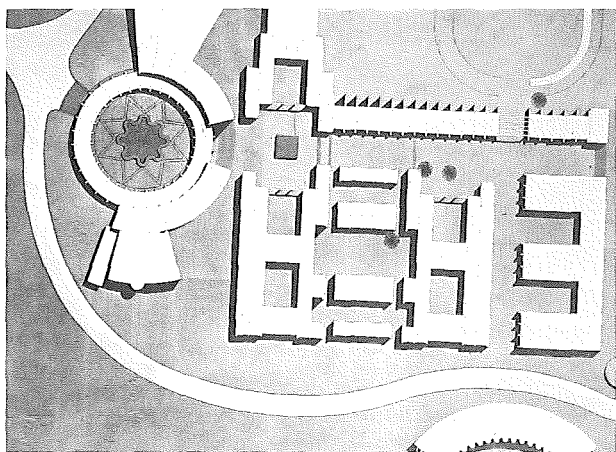
Un edificio sin lugar, un edificio nómada; ajeno a cualquier consideración acerca del emplazamiento, que podía ser cualquiera, tal como demostró su historia, pues se edificó primero en Bruselas y luego en Madrid. Nada más moderno, nada más expresivo de la imposibilidad de relación entre arquitectura moderna y lugar, de la pérdida del sentido del emplazamiento, incluso como hipótesis de partida, que acompañaba a la arquitectura más avanzada.

Pero, ¿acaso no era ésta una característica, una condena, de las exposiciones universales, estuvieran o no realizadas con arquitectura moderna? ¿No es la exposición de edificios el reconocimiento de que la arquitectura puede presentarse como algo completamente ajeno al lugar, como un objeto puro, tanto que posee siempre como único destino la destrucción o el traslado?

Así parece atestiguarlo el Pabellón de Bruselas, cruelmente abandonado en un rincón marginal de la Casa de Campo madrileña. Así lo atestigua también la destrucción de los pabellones de la I Feria del Campo en Madrid (Francisco Cabrero y Jaime Ruiz, 1948), que fueron barridos por la piqueta municipal sin que nadie se apercibiera de ello. Los pabellones de la I Feria del Campo eran, quizá, una de las arquitecturas



José Antonio Corrales,
Ramón Vázquez Molezún
Pabellón de España en la
Exposición Universal de Bruselas
de 1958, Madrid, 1956-1958



Francisco Cabrero, Jaime Ruiz
l Feria del Campo, Madrid, 1948

modernas más originales de España, contruidos en albañilería y en bóvedas tabicadas, esto es, con materiales y técnicas supuestamente tradicionales pero sin ninguna concesión a cualquier clase de historicismo, lo que les convertía en una obra singular y cualificada. Su condición abstracta y autónoma, formando una suerte de poblado sin relación con el parque o con cualquier rasgo del entorno, acaso animaron a las torpes autoridades a destruir aquello que no eran capaces de entender.

Porque, ¿no es la relación con la ciudad, el esfuerzo por hacer que la arquitectura, al insertarse en ella, contribuya a su mejor definición física, la característica más ajena, más olvidada por la tradición moderna? ¿No ocurre casi siempre que dicha relación afortunada, cuando existe, ha de explicarse en términos tradicionales? Ciertamente es que hay ilustres excepciones, y que el gran maestro de Oporto, Alvaro Siza Vieira, es precisamente una de ellas.

Pero tal parece que el mundo moderno, la edificación moderna, caminará sobre todo por las sendas de la ciudad abierta, perdida hoy definitivamente la fe en cualquier restauración del espacio tradicional, y creo que la ingente obra de Le Corbusier sigue marcando la mejor de las pautas. Pienso, por ejemplo, en las ideas de urbanización para América latina, nunca construidas, y compuestas por grandes bloques de cubierta horizontal, con su parte baja ondulada adaptada al irregular terreno. He ahí una idea pendiente, de atractiva y poderosa relación con el lugar y de configuración del espacio urbano que no debe nada a la tradición. Construir la ciudad abierta y cualificar el lugar, idear una ciudad moderna cuyo espacio externo no sea formalmente un residuo: he ahí un importante reto para el futuro.